1

¡VAYA CA

233749



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233749

47/1505102

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

¡VAYA CARDO!

I

—Es osté ma gachíbili y ma cachondona que la Diosa Venu.

—No blasfeme usted más. La Viña: Está usted de tajada y, por lo tanto, *dispensiado*, como en el sainete de marras.

—La fila d' *osté* sí que e un sainete, pero que de los más risibles...

—Y tú asaura, La Viña, *un* porción de tragicomedias *pa* echar a correr.

—¡Vaya *curda!*

—¡Tú lo has dicho! ¡Eso!

—¡Que me *equivique!*, que me... Eso ¡que *tié que vé!* Quise expresar «¡Vaya cardo!... Bueno, ¡que vaya cardíbili!

—No espiche usté más, que eso ¡es la mar!

—Sí. ¡La mar de carne cruda! ¡Ya lo estoy viendo!

—*¡Cosida!*

—¡No! Descosida: por lo descosido que

R. 322424

están esos capullitos.

—¡También lo entiende usté al revés!... ¡Dije que *cocida*, con *c* de cardo!

—¡Sí! Pue ¡vaya cardo!...

—¿Otra vez?

—Y otra y otras cuarenta mil, so morasa... ¡Que ere la telefonistua más morrocotuda de la Central!

—De la Central ¿eh?

—¡La chipén! ¡Y cómo debes tené tú la *centrá*, arma mía!

—Con guarnisione de oro *fisno*, ya ve tú.

—No, si ya estoy al cabo... Y no diera yo tos mis palomare y tos mis cortijos y tos mis toros de mis dehesas por ser *de-esas*.

—¡De las cuales, rey... de las curdas!

—*De esas*... De esas grasia que yo estoy tocando y no puedo hasé más que tentá por fuera ¡vaya cardo!

—Pues no sería yo la primera...

—¡Toma, ni la onseava!... ¡Te daba así!

—¡Ay qué grasia!

—¡Ay qué desgracia, digo!

—¿Por qué?

—Por no haberte llegao a la *sentrá* esa que estamo aquí pleiteando.

—¡Esta *sentrá* está muy guardadita y no es pa la boca de su asno de usté, don *curdáneo!*

—¡Mal haya en la ropa vieja!.. Asin no te coja un toro de eso que yo crio en Córdoba!... ¡Mal ange!

—*¡Asin, no!*

—¡Cuidiao que ties buena sombrita, nena!

—Se hace lo que se puede.

—Y ¿por qué no me respondiste, oye, cuando te pedí por el 34-36, letra B?

—Pues ya usté *B*...

—Sí; letra *bé* digo... Porque usté pedía comunicación con el ministerio de Instrucción Pública, y eran las diez de la noche.

—¡Cómo *Instrusión*!... Si yo te pedía con la bella *Risito*, que e una *aglomerá* que yo tengo en el barrio de *Pozas*!...

—¡Pues equivocó usté el número y la letra, chapucero!

—Chapu, ¿qué? ¡Mardita sea... ¡Si ere la reina de la coliflor confitá, serafín!

—Y usté más «pinturero» que Serafín el *iden* del sainete ese.

—¡Que si!... Eso... Y haste un *núo* en la trensa del pelo, que no retiro ni un perfi de la letra de la palabra... ¡Eso!

—Que me llaman en la Inspección... Déjeme ya, precioso.

—Que espere el *Inspetor*... Primero *semo* lo *perro-quiano*.

—¿Quién habla ahí perros?... Cuatro-

ciento mil perro chico me juego yo contra un tren de mercansía de mujere en cueros vivos, que antes de que cante un gallo armo yo aquí una que ni la *sélebre* y tan aplaudía de san Quintín!

—¡Voceras! ¡A que no!

—¡Drriiiiing! ¡Drriiiiing!...

—¿Ve usté?...

—¡No veo, pero *oyo*!

—Oigo, se dice...

—Eso lo dice el sereno... pero yo como no lo estoy «Soy del hoyo, soy del hoyo»... ¡Ya ve que e el cantá quien lo resa asina!

¿Creeréis lectores que este disparatado diálogo entre una linda telefonista, repleta de ricas carnes morenas, ebúrneas, y dos abonados, uno de ellos cartagenero y el otro de la propia *cabecera del Rastro*, tuvo un final lo más soso que podía suponerse, dado lo calenturientos que se hallaban nuestros personajes?

Pues así fué; aquel tintineo importuno con que el Inspector de guardia llamaba a Paquita la telefonista de referencia, vino a dejar por puertas la proyectada juerga, bacanal o cuchipanda de que se había venido tratando.

Nicolás de las Viñas, el verdadero rey de los curdas, ni Niceto, alias el «Boquerón» (llamado así por lo muy dado que era en

engullir a todas horas el sabroso marisco), ni la libidinosa Paquita eran capaces de rendirse, cuando se trataba de vaciar botellas de mostagán, acompañando a los sabrosos boquerones de la isla, o los bocadillos que servían en el *Tupi del Marqués* (por hallarse enclavado en la calle del de la Ensenada).

Pero había llamado a destiempo aquel estúpido.

—A ver, señorita, ¿qué pasa en el bazar de la «Unión», que se me están quejando un día sí y otro también?

—¿Sí?... ¡Caray! Pues que estarán mochales, ya ve usté.

—¡Cómo! ¡Más respeto para un abonado tan respetable como ese!

—Es que esos horterillas se me traen una guasa, ¡que yá, yá!

—Y ¿en qué consiste eso? ¿No será aprensión suya?

—¡Anda la vértiga! ¡Aprensión!... Y ayer por la tarde, después de armarme una zalagarda y un repiqueteo tal, como si fuera a salir la procesión del Corpus, se me descolgaron los niños con la preguntita de que...

—¿Qué preguntita?

—A ver si era cierto, como aseguraba un Marqués, cliente de la casa, que yo gas-

taba un cuarenta y siete de medida de muslo, a fin de traerme acá, en comisión, pa la hora de la salida una docena de ligas de seda surtidas... ¡Ya usté ve!

Riose de buena gana el Inspector, que no era ningún Catón de Utiea en punto a moralidad, y por aquel día la cosa no pasó de aquí.

II

Pero lo que había creído Paquita, nuestra rechoncha telefonista mera guasa de los chicos del Bazar de la Unión, resultó una pura y simple realidad.

Que ¿cómo? muy sencillo. A la salida del primer turno de día, coincidiendo con el cierre de los comercios, la chica observa que desde una berlina unas manos misteriosas la hacen señas, no menos misteriosas y un si es no es imprevistas.

—¿Es a mí?—preguntó Paquita con desparpajo muy propio en ella.

Asoman ahora dos cabezas tocadas de bombines color caoba: inclinaciones afirmativas de los mentados bombines.

—¡Rediez!—pensó ella, tratando de echar a choteo aquella pantomima estrambótica

de los presuntos horteras.

Pero por sí, o por no, la telefonista, aunque nada de tímida ni de apocada tenía, viró en redondo y trató de escabullirse hacia otra dirección.

Pero cátate quo dos brazos nervudos y unos ojos fulgurantes apoyando la acción de los brazos, ni más ni menos que si estuvieran en plena película, abroquelan rápidamente a la muchacha, y dan con su cuerpo en el interior del coche.

—¡Socor!....

—No chilles, prenda: que aquí no se trata de perjudicarte el físico ni cosa así.

—El físico no: ¡eso no!—añade otra voz un tanto aguardentosa—¡lo tienes, pero que de mistó, para eso!

—¡Socor!...

—No llame la doncella, que acá somos todos amigos...

—Sí, ¡pero yo!...

A todo ello las manos expertas de los secuestradores— ellos eran dos nada más (¡y sobraba!) — habíanse hundido en las morbideces carnosas de Paquita hasta llegarle a lo vivo.

—¡Aaaay!... ¡que me des... cabellan!...

—¡Tonta!... ¡Si es lo más rico que hay!...

Ella cerraba los ojos y como daba la casualidad que las manos allanadoras po-

seían la mar de destreza en materias placenteras, lejos de quejarse, les facilitaba ella el camino, separando obstáculos.

—¿Es ahí dónde te duele?

—Más abajo--rezongaba ella, semi-desvanecida de gozo,

¡Claro! *Semi-desvanecida* afirmamos; teniendo en cuenta que mientras unos dedos atrabiliarios y audaces la buscaban la «faz», otros dedos de otra mano, igualmente dúctiles y macerantes pero con maceración deliciosísima, inefable hasta la pared de enfrente, maniobraban en la «anti faz» de la apuesta telefonista.

De modo que entre lo sutilísimas al tacto que resultaban las carnes sobajeadas y lo rápidas y casi dinamo eléctricas que parecían las manos juguetonas, hubo el consabido epílogo de suspiros ahogados y dislocadas miradas hacia el vacío.

—¿Pero era eso todo?—demandó ella, muy fresca, cuando hubo pasado el trance delicioso.

—¿Eso es nada? ¡Paquita rica!

—Y ustedes ¿a qué han venido, si se puede saber? Y ¿cómo saben mi nombre?

—Sí, se puede...

—Pues a traerte esta docena... la docena prometida en la llamada de ayer tarde.

—¡Oh!... ¡Las ligas!... Pero ¿qué voy yo a hacer con tanta y tanta liga?

—¡*Voilá*!... Poner una sucursal de nuestro *bazár*.

—Eso... Una sucursal en su hotelito de usted.

—Y ¿cómo saben que yo tengo un hotel?

—¡Toma! ¡Todo se sabe!..,

—¡Todo! Tú no eres lo que aparentas—recalcó el secuestrador número dos.

—Y ¿qué soy yo, pues?—reclamó Paquita que iba interesándose en la sabrosa aventurilla.

—¡Tú! ¡A saber!... La hija de la vizcondesa del Cardo alegre.

—¡Vaya! ¡Vaya cardo! ¿pero alegre, eh?

—Ahí sí cuela y no como anoche en la Central con ese curda de las Viñas.

—Ya lo sabes, pues... Tú eres telefonista por afición a los aparatos y a los interruptores, más que por ganar un sueldo.

—¡Pues, hijos, me han *chafao*!... ¡Esa es la chipén!

—Ven que te muerda en una orejita en pago a haberte adivinado tu vida y. milagros!

—Que te tengamos nuestra. ¿Para quién esas ligas? ¿Para tí? ¡Pues a ensayarlas!

—¡Jesús! ¿Todas?

—Absolutamente todas.

Comenzó la ímproba tarea. Aquellos do-

ce pares de ligas de tegido de goma tan peripuestitas, tan coquetonas, de tonos tan varios como elegantes y *dernier cri* de la moda, iban pasando por arte mágico desde sus cajas respectivas, unas después de otras, a las piernas esculturales y macizas de la buena moza.

Entre risas y chillidos pasaron las dichosas ligas abrochadas por los dedos habilísimos de los dos horteras, a los robustos muslos en su parte más baja.

Aquella carne satinada, no menos satinada y de tegido tan sútil y suave que el de las ligas, resultaba bastote y ordinario a su vera; aquellas piernas de contornos divinos que se separaban instintivamente, a fin de que la erótica tarea resultara más hacedera y más grata al tacto; los suspiritos tiernos con que era recibido un pellizco imprevisto de la liga al rozar con la epidermis al finalizar la media, todos aquellos detalles tan sugestivos, como de un sensualismo galante y alocado volvían tarumba a la muchacha y proporcionaban mil inenarrables sensaciones placenteras a nuestros dos «unionistas digámoslo así.

Ni uno de los más escabrosos cuanto turgentes encantos de la bella Paquita viéronse libres de los lúbricos contactos digitales.

Ni uno de los mil encontronazos y sacudidas del nefasto vehículo que les conducía como si fuera en el camino del Paraíso—por las desiertas calles de la Ciudad lineal dejaron de ser aprovechados por los dichosos mocetes.

Resultó aquel un trío tan libidinoso como morrocotudo.

III

Pero todo tiene un término. Así lo tuvo aquella excursión un si es no es audaz y premeditada de los dos chicos de la *Unión* hacia el terreno acotado por Citerea y sus islas adyacentes

En llegando a un hotelito bastante apartado del centro, quisieron apearse. Trataban de despedirse de la sabrosísima telefonista de cuyos encantos habían ya gozado — lo que buenamente puede gozarse en un coche de alquiler.

Pero ella no lo consintió de ningún modo.

—¡Tengo miedo!—afirmó con tono doliente.

—Pero nosotros...

—Vosotros desde ahora sois mis ami-

guitos... ¡Con lo que me pirro yo por la gente juerguista!...

A todo esto llegaban los tres hasta el peristilo de la puerta de un hotelito de rico aspecto, lo que para una simple telefonista hubiera sido una gran disconformidad.

Penetraron en una habitación bastante lujosa, alhajada con cierto chic, muy a la moderna. Sendos tapices, en su mayoría de asuntos escabrosos, pasajes de la Mitología, colgaban de las paredes. Además los espejos abundaban: la magnífica cama imperio que al fondo de la inmediata alcoba se vislumbraba, convidaba a goces supremos, a expansiones ultraeróticas irresistiblemente.

Perico y Luquitas, los avispados horterillas abrian los ojos como monedas de a cinco pesetas al presenciar tales refinamientos.

—¿Qué os parece chicos?... ¡Franqueza, franqueza y libertad! Estais en casa propia.

Ante tan halagadores conceptos, Perico, el más osado de los dos, cogió entre sus manos la hechicera testa de Paquita y macerola materialmente los pulposos, aunque finos labios, con un par de besos de esos que dejan huella.



—¡Oh! ¡Qué bien besa ese asesino! ¡Me has chafao, horterilla!

—Yo soy así... Cuando me lo ofrecen, me lo tomo... y cuando no, también me lo tomo.

—Ahora conocereis a mamita.

Llamó al teléfono que había sobre una consola.

—¡Cómo!... ¿Está muy lejos mamita?

—En el hotel de al lado, ya ves... «Sí, *mamirris*... ¡Que te espero!... ¿Cómo? ¡Ah! ¡bien!... Ya lo verás por tí misma: tráete un criado con unas botellitas de lo superior... ¡Anda. despacha ricucha!...»

Pocos minutos después presentóse una soberbia hembra, de unos treinta o treinta y cinco años, en la apariencia, que ya al penetrar en el salón sonrió de un modo enloquecedor a los dos muchachos, predisponiéndoles a ser los mejores amigos del mundo.

A las presentaciones, sin cumplidos ni formalidades, siguieron los bocadillos, de carne de cerdo y de la *otra*, esto es bocados y mordiscos en el cuello y en los brazos carnosos y despiporrantes (que tenían al aire ambas mujeres). El champán de marca, *extra dry*, volcábase, botella tras botella más en los manteles y entre los rincones adorables del cuerpo de las cuchipandistas, que en otra parte.

Sentábase mamá Salvita en el regazo de Lucas y Perico sostenía la espléndida escultura carnal de la refocilante Paquita.

—¡Pero esa mamá es ideal!... ¡Vivan las mamitas ternes y jacarandosas!

—¡Gracias!... Sois unos dioses olimpeños en eso de beber y...

—Y en eso de magrear, superan a los olimpeños mamirris. ¡Olé, Perico!... Te estás portando con los labios, que estaba por declararte monumento nacional.

—¡Oye, mamirris!...— Adviértase que Paquita ya «la había pillado» a medias.

—¿Que pasa? Se acabó la guerra?... ¡Jesús, ya era hora!

—¡Quiá! La guerra es ahora cuando va a principar... Ya ves que municiones no faltan... ¡Jí, jí, jí!

—Eso no—apoyó Perico que se. refería, como la otra a las bandejas de dulces y pastas.

— Pues rompamos las hostilidades... Ahí van esas «granadas de mano».

Referíase mamá Salvita a unos brioches, rellenos de natilla, que fueron arrojados a pares contra las cabezas de los dos muchachos.

Estos en vista de que habían tocado a repartir, contestaban de momento con *flo-*

res, que hallaron a mano guardadas en sendos jarrones.

—¡La vértiga!... Esto es una batalla desigual... Prefiero que me unitiliceis los merengues y los bollitos de crema que los claveles y los mirtos y sobre todo, mis queridos crisantemos.

—¡Quién repara en tontunas, mamá! ¡Hala! ¡Op! ¡op!

Así exclamaba la encantadora Paquita disparando a más y mejor toda clase de proyectiles almibarados y blandos por necesidad, que causaban «lesiones» y «heridas» puramente risibles y si acaso, algo perjudiciales para la ropa. Pero ¡quién dijo miedo!

A poco de iniciada la batalla, los mozos llegagaron a conquistar las *trincheras*... Deliciosas trincheras de carne satinada y mórbida que ofrecían con sus divinos y esculturales cuerpos las dos aguerridas hembras!

IV

Dos a dos, esto es manita Salvita y Lucas, y Paquita con Perico, fuéronse muy tranquilos a firmar las paces sobre los mu-

llidos lechos que tenían la última en la alcoba inmediata y la traviesa jamona junto al pasillo a que daba acceso el salón, llamémosle «campo de batalla» o «campo de agramante», que con ambas denominaciones pudiérasele citar.

—Mira como me has puesto el cuerpo, mal hombre.

—Y tú a mí como me has puesto este ojo... ¡Nada que no veo!

—Déjame que te limpie un ojo, monín. Estás que tus párpados rezuman natilla y casi resultas la estátua del Comendador.

—¡Y esos muslos tuyos!... Mira que ni que habiera nevado encima de tu cuerpo, Salvita ardorosa.

—Merengada, dirás mejor. Limpia en esta rodilla. ¡Anda, chatillo mío!

—Si juntas las piernas, ¿cómo quieres que te quite esta capa de dulce?

—Quítame todo el dulce y que tu esponjita no deje rincón por visitar.

—¡Cachondilla!

—¡Boquerón! Limpia y calla, que hay tarea larga.

—Y tú ¿por qué no te vuelves vientre abajo?—observaba en tanto Perico, azaradísimo en «curarle» las heridas a su «enemiga» la bella Paquita.

Porque tengo el vientre lleno de almí-

bar y que se yo cuantas cosas más.

—Así, habrá que llamar al minino. La verdad, yo me atrevería con tu promontorio de atrás, pero...

—Atrévete, que el minino podría arañarme...

—¡Eh! ¡vosotros!.., Lamineros del diantre, como estais de confitería?—llamaba alguna vez la mamá desde la otra alcoba.

—No lo quieras saber, mamita. Ese horterilla me está metiendo aún más dulce del que ya tenía en mi epidermis. ¡Ay, que Perico este!...

—Yo, ya no soy perico... Yo soy una confitería completa, entre lo que te he quitado y lo que me he comido... Estoy que no puedo más.

—Pero ¿no te queda aún este otro ojo por limpiar?—demandó Paquita avispando los ojos.

—¡Caramba!... Verás: apelaré a una toalla rusa que desde aquí estoy viendo, allá en el lavabo.

Levantóse Porico y en efecto con la amplia toalla fué quitando por completo de encima la epidermis de la hermosa cuantos fragmentos de materias melífluas quedaban.

—¡Anda, masagéame Luquitas mío!

—¡Hola! Y que la voy a frotar a usted

con lo *deshecho* que me encuentro yo.

—¡Es que soy insaciable, moreno!

—Yo lo veo, lo toco y lo retoco.

—Sigue frotándome con tu endiablada tohalla aquí, entre mis dedos,

—¡Allá voy! ¡Voy bien, resalada?

—¡Derechito al paraíso! Por mis abuelitos, que de gloria gocen.

—¿Con este roce ahí?...

—Es muy fuerte. No sé si podré resistirlo.

—¡Claro! Suavizaremos la piel.

—Es que mi corazón es sensible.

—No le hace; pero es docil y da mucho de sí ¿no lo sabe eso usted bien?

—¡Tutéame, majaderito!

—Bien, vamos a limpiar en ese rincón de monerías. ¡Póngase en facha, dulzura mía!

—Allá voy dulzura de las dulzuras, y limpia la de los merengues y del chantilly sobre la dulzura de un alabastro carnoso.

—¡Eso es!... ¡Caray! ¡Ni la Pardo Bazán!

—Muérdeme aquí; ha quedado algo de crema.

—¡Créeme!

—¡Crema digo!... No dejas los chistes, ni que te emplumen.

—Es que esas carnes de pecado me incitan el epígrama.

—Pues yo te quisiera más peliculero.

—¿Cu, qué?

—¡Culero, hombre! ¿Hablo en gringo?

—En fin, que seguir paso a paso aquellas dos parejas tan empapadas en merengue y en almíbar, sería tarea harto prolija y no nos atrevemos ¡vaya!

V

A los pocos días tuvieron en la Central que apretar las clavijas las muchachas, pues pidieron una serie de conferencias imposible de atender.

De Salamanca, de Segovia, de Barcelona, de Valencia, de todos los puntos de la Península demandaban conferencias. Pero la más chocante y más dislocada de todas ellas fué la de la propia Central, que se improvisó tal conferencia, a ruego del célebre curdómano Nicolás de las Viñas; pues para ello había advertido al inspector principal que, como sabemos, atendía por don Beltrán... Riabaja.

El saloncillo especial de conferencias oficiales hallábase transformado. Sendos sillones ingleses, *vis a vis*, divanes cómodos y voluptuosos habían sido allá trasla-

dados en perspectiva de los acontecimientos.

Lo más chocante resultó que, habiéndose anunciado conferencia de los gobernadores de Cáceres y de Badajoz, transcurrió la hora anunciada por dichos funcionarios, sin novedad.

Quedaban, pues, libres y tranquilas Paquita, Milagritos y Almudena, que no teniendo aquella noche servicio ordinario a qué atender pudieron consagrarse a trastocar aparatos con el fin de sorprender conversaciones, a veces harto escabrosas y divertirse así enormemente, como es uso y costumbre entre telefonistas desocupadas.

A las once en punto presentáronse Nicolás de las Viñas, el borrachín ganadero—qué casualidad, sin su tajada usual—y los chicos del Bazár de la Unión, Perico, Lucas y otro cuyo nombre huelga.

—¡Chachas! ¡Ya estamos todos!

—¡Anda! Ya nos ha caído que hacer. Tomen asiento, hijos—dijo Paquita, sonriéndose diabólica, y timándose con Lucas y Périco, por quienes simpatizaban mejor con ella.

El de las Viñas comenzó a magrear y á besuquear a Almudenita, una rubiales, superior, que prometía grandes cosas con sus senos bien plantados y sus nalgas desafia-

doras.

—¡Caracoles! ¡Y la Milagritos aquí también! ¡Vaya cardo! ¡Y sin pantalones, como si lo viera!

—¡Atrevido!... ¿Qué sabe usté?

—Lo presumo. A ver...

Milagritos que era muy cosquillosa dejó apenas que Nicolás avanzara su mano bajo sus ropas. ¡Qué pronto halló la tal diabólica mano la «encrucijadas de marras!

Ella chilló por puro cumplido. Almudena se reía hasta descoyuntarse. La risita se propagaba. Lucas y Perico ya se habían entregado al dulce magreo por todo lo alto con Almudena y Paquita.

Pero aquí viene lo salado, lo imprevisto. Cuando más desprevenidos o más entretenidas estaban aquellas tres tiernas parejitas, calculen ustedes que al gobernador de Cáceres y al de Badajoz se les ocurrre pedir la conferencia con Gobernación y aquí de las carreritas, de la agitación general.

Las chicas tuvieron *velis*, *nolis*, y por orden superior que ocupar sus aparatos.

—Esta es la nuestra—dijo por lo bajo Las Viñas a sus dos contertulios.

—¿Las vamos a dar un susto o a dar gusto simplemente?—observó Perico.

—Las dos cosas, hijos míos. Veréis.

Antes de que ellas pudieran notar la maniobra, atentas las tres, o sean Milagros, Paquita y Almudena a la conferencia que, como oficial, no permitía guasas ni esperas, los tres tunantes ya habían gateado hasta llegar cada cual al respectivo pupitre correspondiente a cada muchacha.

Con las traviesas manos, sin que ellas pudieran evitarlo llegaron a *la central* respectiva, a las deliciosísimas centrales que todas las hembras y también las telefonistas (con doble motivo) encierran entre sus ebúrneas piernas y comenzó el magreo sublime, la titilación despampanante y extrafina.

Ellas rebrincaban en sus asientos, ponían los ojos en blanco... pero no podían evitar las respectivas acometidas a sus *centrales* misteriosas.

—Bien por Badajoz... ¡nena!

—¡Ole. por Cáceres!... ¿Te gusta este chorizo extremeño, prenda?

—¡Reteléfono! ¡Tanto como chorizo!... Lo que ésta, o sea la Almudenita tiene un aparatito que le brilla...

—¡Es el más nuevo de las tres!...

—Y ¿qué dirán esos gobernadores que tanto me entretienen a las pobres chicas!...

Este diálogo cruzábase entre los tres contertulios, sin dejar de maniobrar en los

puntos más culmínantes de aquellas soberbias telefonistas. Por fin llegó el término de la conferencia, una después de otra. Pero se conoce que coincidió con la llegada de unos espasmos expontáneos y placenteros, porque ninguna de ellas pronunció bien las palabras de rúbrica.

—Gra... cias... ¡Ay!... ¡qué excelente... excelentísimo señor e... se!

—¡El excelentísimo es el cuerpo de las fres! ¡Vivan mis nenas! ¡Vaya cardo! Y ¡qué quietecillas habeis estado!...

—¡Y qué le íbamos a hacer!... ¡Servicio oficial!...

—¡Para nosotros servicio celestial!... finiquitó Perico, relamiéndose de gusto. Esta noche a la *Bombi* en auto y allí ¡servicio infernal, por lo menos!...

—¡Bien chafao!.,. ¡Olé! ¡Vaya cardo!... ¡¡Yo lo pago todo!!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente. Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires